



La vocación al amor

Teología del cuerpo en Juan Pablo II

Carl A. Anderson - José Granados García

Prólogo

*«Tú creaste mis entrañas, me plasmaste en el seno de mi madre:
te doy gracias porque fui formado de manera tan admirable.
¡Qué maravillosas son tus obras!
Tú conocías hasta el fondo de mi alma» (Sal 139,13-14).*

El asombro del salmista ante el propio cuerpo le conduce a la alabanza del Creador, quien precisamente se hace presente en el cuerpo; pues lo cuida con su providencia y lo conoce íntimamente. «Profetismo del cuerpo», decía Juan Pablo II. El cuerpo habla de Dios, nos desvela su bondad y sabiduría; y habla también de nosotros, del hombre y de la mujer, de su vocación al amor. Se trata de una palabra profética que el cuerpo pronuncia en nombre de Dios, revelando así un camino que recorrer, camino de plenitud humana. Es la vía del amor; en ella la imagen originaria impresa en el hombre y la mujer puede realizarse, puede brillar en una comunión fecunda de personas, abierta al don de la vida.

Durante siglos, debido al influjo de una mentalidad narcisista transida de tendencias maniqueas y puritanas, se ha despreciado el cuerpo humano o, al menos, no se lo ha valorado bastante. Se lo ha mirado con sospecha o inquietud, como si se tratara de una amenaza contra la naturaleza espiritual del hombre y su destino; se ha descuidado o negado su dimensión afectiva o sexual, como si conllevara inevitablemente tentaciones y peligros. Hoy el péndulo parece haber girado a la parte opuesta: es el culto al cuerpo, que lo exalta mientras es joven, bello, fuente de placer, para rechazarlo después cuando testimonia la decadencia inevitable, la enfermedad, la muerte. Más allá de su aparente oposición, ambas visiones comparten en realidad una idéntica perspectiva de lo humano, igualmente obtusa, que hace imposible integrar el cuerpo en la realidad de la persona y, por tanto, valorarlo adecuadamente en su subjetividad. El cuerpo termina así hecho cosa banal, y pierde su apertura al misterio.

Entre los dones más grandes que Juan Pablo II ha dejado en herencia a la Iglesia y a la humanidad está sin duda su “teología del cuerpo”. Esta ha permitido redescubrir la riqueza plena de la antropología bíblica y de la gran tradición cristiana, superando visiones reducidas y marginales, para integrarla así en una visión que se armoniza con la experiencia vivida, captada mediante un vivo análisis fenomenológico.

Para valorar adecuadamente el cuerpo hay que cultivar una mirada contemplativa capaz de percibir su misterio en relación con la persona y con su vocación al amor, que encuentra luz definitiva y plenitud en Cristo Resucitado. He aquí, pues, la importancia de este volumen, que no se contenta con un entusiasmo superficial por la novedad de la teología del cuerpo, sino que ilustra sus cimientos antropológicos mediante un lenguaje a la vez simple, poético y profundo.

Los autores de la obra que prologamos han sabido hacer accesible, sin por ello banalizarlo, el contenido de las grandes catequesis de Juan Pablo II sobre el amor humano en el plan divino, pronunciadas entre 1979 y 1984. La contribución de este libro se concentra en algunas de sus características, que lo hacen original y rico:

1) La presentación del contenido esencial de la «teología del cuerpo» se lleva a cabo con la ayuda de la obra poética de Karol Wojtyła, recurriendo también con frecuencia a las grandes obras de la tradición literaria, poética y filosófica; así, además de hacer sugerente la lectura, se permite al lector captar la conexión con sus propias experiencias.

2) Se inserta la «teología del cuerpo» de Juan Pablo II en el contexto de la «teología del amor» de Benedicto XVI, y se permite así ampliar el horizonte teológico de la antropología, fundándola sobre una visión cristológica y trinitaria.

3) Se subraya la dimensión social: la teología del cuerpo ayuda a ver la comunión de personas como constitutiva de un auténtico bien común, que sirve de fundamento a la construcción de la sociedad y hace posible edificar la civilización del amor.

4) A través de referencias iluminantes se deja ver el vínculo con la gran tradición patrística y teológica de la Iglesia; la novedad de la «teología del cuerpo» queda así redimensionada en el horizonte de la historia, sin dar lugar a discontinuidades ni contraposiciones. La verdadera novedad del cristianismo no es nunca la ruptura con la tradición, sino más bien la renovada frescura del principio que, en su verdad, se demuestra siempre capaz de despertar maravilla y de llevar la vida a una conversión que la haga más bella.

Estoy seguro de que la lectura de este volumen, de texto ágil y rico, fruto de la reflexión de dos prestigiosos profesores de la sección estadounidense del Pontificio Instituto Juan Pablo II para el estudio del Matrimonio y la Familia, contribuirá a mostrar la belleza humana de la propuesta cristiana que, a la luz de la fe, es capaz de hacer brillar con luz siempre nueva el amor entre el hombre y la mujer.

Mons. Livio Melina
Presidente del Pontificio Instituto Juan Pablo II
para el estudio del Matrimonio y la Familia

Introducción: el hombre, camino de la Iglesia; el amor, camino del hombre

«Santidad, ¿ya no escribe poesías?» Es la pregunta que alguien formuló a Juan Pablo II cuando rondaba los ochenta de su edad. No sabemos qué contestó, pero sin duda no se había agotado su vena poética. La prueba: poco tiempo después redactaría el *Tríptico Romano*, largo poema meditativo. En sus páginas el Pontífice tiende su mirada, desde la cumbre de su ancianidad, hacia el pasado y el futuro de la historia.

Las primeras líneas evocan la visión de la natura. El poeta contempla la creación en movimiento. Cada cosa busca sin descanso su lugar propio, como «la cascada argentina del riachuelo / que cae rítmicamente desde arriba, / llevado por su propia corriente». Y el hombre se siente envuelto en este ritmo, arrastrado él también por el flujo del tiempo, como el arroyo ladera abajo.

En el principio, el asombro

Hay, sin embargo, una diferencia crucial entre el descenso de la corriente y el sendero que el ser humano recorre en la vida:

¿Qué me dices, arroyo de montaña?
¿En qué lugar te encuentras conmigo
conmigo que también voy pasando—
semejante a ti . . .
¿Semejante a ti?

Sabe el poeta que su camino no puede compararse al del arroyo. La cascada cae por su propio peso, que la conduce al río, la ensancha en el gran delta, la imbuye en el océano. Pero al hombre no le es suficiente dejarse llevar, siguiendo surcos ya trillados. Necesita saber cuál es el sentido, la meta final a donde todo avanza. Y ha de averiguar cómo dirigir él mismo sus pasos hacia ella.

Y así la pregunta del hombre no se refiere solo al espectáculo de la naturaleza. La misma cuestión que dirige al mundo sondea a la vez la profundidad de su corazón. Lanza al aire una pregunta que, como un bumerán, regresa hasta él. «Mundo, dónde te encuentras conmigo?» dice Karol Wojtyła. ¿Cuál es el sentido de mis pasos por la vida? Lo mismo había confesado ya San Agustín: «me había convertido para mí mismo en una gran pregunta».

Los versos de Juan Pablo II desvelan la inquietud perenne del ser humano. Conciernen en especial al hombre de hoy, que ha puesto la búsqueda de la propia identidad en el centro de sus desvelos. En el océano anónimo de la gran ciudad siente que se disuelve su yo y se encuentra sin brújula o mapa para orientarse. El único sitio que parece le queda es su propia experiencia de la vida, donde cada uno trata de encontrar algo de luz para el camino. Y Juan Pablo II, queriendo hacerse todo a todos, ha seguido esta misma ruta de la experiencia del hombre. Le parecía la única forma de encontrarle, y de acompañarle desde dentro de su propio drama. Como dijo en su primera encíclica: «el hombre es el camino de la Iglesia».

¿Cómo resolver el interrogante que el hombre es para sí mismo? Pronto nos salen al paso algunos escollos. En primer lugar, ¿termina esta pregunta en un callejón sin salida, en un acertijo imposible de resolver? Karol Wojtyła se planteó esta objeción en las obras de teatro escritas en Polonia, siendo un joven sacerdote. Así en *El taller del orfebre*, publicado en 1960, que indaga el

significado del matrimonio a través de la historia de varios matrimonios. La primera parte narra el noviazgo de Teresa y Andrés. La chica guarda el recuerdo de un momento de crisis. Fue durante una marcha a la montaña con otros amigos. Rodeados de la armonía y belleza de la natura no eran capaces de encontrar ese mismo equilibrio en su relación mutua. Al comparar el orden del mundo con su propia inseguridad, que la acosaba desde dentro, exclama Teresa: «solo el hombre parece descentrado y perdido». En otra de sus obras, *Esplendor de paternidad*, el personaje Adán, símbolo de todo hombre, confiesa una sensación parecida. Es como si estuviera desterrado en lugar extraño: «Hace ya muchos años que vivo como hombre desterrado de lo más profundo de mi personalidad y, al mismo tiempo, condenado a buscarla a fondo».

¿Quién no ha pasado por tales momentos, en que se hace imposible dar con el curso de la vida? Acosa entonces una tentación: reducir la pregunta, estrechar su horizonte. ¿No se conseguirá así un método claro que resuelva la duda y descubra de una vez por todas la propia identidad? A mano están las ciencias experimentales, que pretenden dar leyes concisas, capaces de explicar los fenómenos hasta el fondo, sin ambigüedades ni sombras. El secreto de la vida humana, desde esta óptica, se contendría en algún tratado sobre física o química; nuestro destino lo regiría una evolución sin sorpresas. ¿Podríamos usar estos datos para descubrir de una vez por todas cuánto vale la vida humana?

Juan Pablo II entendió que tal perspectiva lleva a la abolición del hombre, reducido a objeto de experimento y medida. Podemos ilustrar su respuesta con unas palabras de Adán Chmielowsky, el protagonista de *Hermano de nuestro Dios*. Adán, artista de talento que ha dejado sus cuadros para dedicarse a los pobres, conversa con un extraño, quien le ofrece una solución científica a la cuestión social. Basta saciar a las multitudes de bienes materiales; para ello, hay que inspirarles un odio rebelde que les incite a la lucha por la justicia. Adán rechaza este punto de vista. Y no porque desprecie la necesidad que el hombre tiene de alimento, comida, o techo. Pero añade: esto no es bastante para colmar su deseo, de dimensiones infinitas. Y así dice: «La miseria del hombre es más grande que todos los bienes disponibles».

«La pobreza del hombre es más profunda que todas sus posesiones». Apenas se ha comprendido esta verdad y rechazado la reducción materialista, surge otro escollo en la ruta. Y es que la misma infinitud de la pregunta puede desanimar de la búsqueda. Después de todo, ¿no es la solución demasiado elevada? ¿No se encuentra a una altura inalcanzable para los cortos brazos del hombre? ¿No nos llevará a discutir sin fin sobre cuestiones bizantinas, irresolubles?

Es cierto que la experiencia humana hace surgir en el hombre la pregunta por su propia identidad. Y también que esa pregunta le supera infinitamente. ¿Cómo no desesperar entonces ante tal enigma? La pista hay que buscarla en el mismo punto de partida de la ruta del hombre. La diferencia entre el ser humano y los animales no reside primeramente en la capacidad de hacerse preguntas. Hay en el hombre, según Juan Pablo II, algo anterior al interrogante sobre la propia vida. Es algo que precede su misma búsqueda de identidad y destino y le permite estar seguro de que la pregunta no es acertijo indescifrable. Pero, ¿qué puede ser previo a la inquietud por el sentido de todo? Leemos así en el *Tríptico Romano*:

¿Qué me dices, arroyo de montaña?

¿En qué lugar te encuentras conmigo?

Conmigo que también voy pasando—

semejante a ti . . .

¿Semejante a ti?

(Déjame parar aquí;

déjame parar aquí –déjame parar en el umbral,
he aquí uno de los asombros más sencillos).
Al caer, el torrente no se asombra
y los bosques bajan silenciosamente al ritmo del torrente
— pero, ¡el hombre se asombra!
El umbral en que el mundo lo traspasa,
es el umbral del asombro.
(Antaño a este asombro lo llamaron «Adán»).

He aquí la respuesta: el umbral que la creación cruza en el hombre no es en primer lugar la capacidad de hacerse preguntas, sino la apertura a la admiración y asombro. Que este asombro tenga la primera palabra cambia de raíz todo el sentido de la búsqueda. Pongamos un ejemplo para mostrar la diferencia. Un alumno ha de examinarse de una asignatura que no ha estudiado. Se sienta, bolígrafo en mano, ante la página en blanco. Es un difícil problema de cálculo, cuya sola formulación suena a galimatías. El profesor, vigilante, impide las ojeadas salvadoras al pupitre del vecino... Nadie quiere encontrarse ante preguntas de este tipo, y escaparía, si pudiera, del aula de exámenes.

Imaginemos, sin embargo, un tipo de pregunta muy distinto. Alguien llega a casa y halla un regalo inesperado de un amigo o familiar. No sabe el porqué de este presente y empieza a buscar la razón. ¿Es su cumpleaños? ¿Tiene hoy algo importante que celebrar? ¿Ha hecho algo singular por su amigo? De nuevo se está ante una pregunta, tal vez de difícil respuesta. Pero en este caso el interrogante es muy otro. La razón: hay algo que precede la pregunta. Se trata del amor del amigo, que se manifiesta en su regalo. Por eso, sin saber todavía el porqué de lo sucedido, se conoce ya el marco de la explicación: una amistad, una comunión ofrecida. La pregunta ahora no paraliza ni infunde deseos de escapar, sino que abre horizontes, nuevas posibilidades de crecer en el amor. La tarea de entender el porqué queda llena de sentido desde su origen, mucho antes de que se atine a formular una respuesta.

La pregunta de que hemos hablado hasta ahora –la pregunta por la propia vida, la pregunta por el origen y destino– se parece a la sorpresa ante un regalo inesperado. En ambos casos hay algo que precede la pregunta: es el asombro ante un don recibido por el que se tiene la seguridad de que la existencia se nos ha regalado. Una pregunta que viniera de la nada amenazaría con paralizar la corriente de la vida, como le ocurría a Hamlet en su «ser o no ser». Pero cuando la pregunta es precedida por el asombro, la cosa cambia. Es decir, al hombre le surgen preguntas no porque le falte sentido, sino porque el sentido sobreabunda. De este modo puede estar seguro de que hay una respuesta, aunque sepa también que esa respuesta no puede alcanzarla solo y que siempre superará sus expectativas. En vez de obstaculizar su ruta el asombro es una fuerza que le sostiene y mueve hacia adelante, como si marchara llevado por la corriente de un caudaloso río:

El hombre iba pasando junto a ellos
en la onda de los asombros.
Al asombrarse, seguía surgiendo
desde esta onda que lo llevaba,
como si estuviera diciendo alrededor:
«¡Deténte!» [...]

«¡Deténte; este transcurrir tiene sentido»

«Tiene sentido... tiene sentido... tiene sentido...!»

Hay que introducir ahora un nuevo término. Se trata de la palabra «misterio» que aparecerá con frecuencia en estas páginas. Con ella no se quiere indicar algo oscuro, unas tinieblas que impidan ver. Al contrario: decir que el mundo es misterioso es confesar que está lleno de un sentido tan pleno, que es imposible abarcarlo con nuestra mirada. El misterio se refiere a la gran riqueza de la realidad, siempre capaz de despertar el asombro: asombro ante un rostro humano singularmente querido, ante una bella puesta de sol en los páramos castellanos, ante el amor que otros nos mostraron con sus obras... Si el misterio incluye entonces preguntas sin resolver, no es porque le falte claridad, sino porque le sobra luz. Los ojos no lo pueden mirar de frente, porque el resplandor excesivo los ciega.

Hemos dicho con San Agustín que el hombre se convierte para sí mismo en una gran pregunta. Ahora podemos entender mejor el sentido de la frase. El hombre es una gran pregunta porque experimenta su vida como un gran misterio, un misterio que despierta el asombro. Este asombro abre a la vez un camino: se convierte en invitación a viajar. Para saber hacia dónde y por qué senderos, hay que preguntarse: ¿Dónde experimenta el hombre el asombro? ¿En qué lugar se le manifiesta el misterio de su vida?

El amor, la cuna donde nace el asombro

Abundan hoy quienes se dan cuenta del peligro de perder un horizonte grande para su existencia. Y no quieren que la actividad sin fin de un mundo regido por tecnologías sin rostro dirija también su historia. Entienden que hay una dimensión de la experiencia humana que se abre al misterio, que esa dimensión ha quedado oscurecida en nuestra cultura y que debe ser recuperada. ¿Hay en la vida del hombre alguna ventana por la que pueda asomarse al misterio?

Asistimos, de hecho, a un renacer de la inquietud religiosa. Florecen las espiritualidades exóticas; abundan los movimientos en busca de lo divino. Sin embargo, en muchos casos, se busca en esta experiencia un raptó místico que aleje al hombre del vivir cotidiano. Se desea una iluminación súbita por la que se aprende a escapar de un mundo complicado. Para quienes piensan así, Dios no se encuentra en los trajines de esta tierra, en los vaivenes cotidianos de casa al trabajo y del trabajo a casa.

El problema de este enfoque es que convierte la experiencia del misterio en algo extraño a lo que sucede cada día. Y así se acaba estableciendo una separación: de un lado se pone la fe religiosa, y de otro la vida corriente. La fe es entonces escapatoria; camino de ilusiones, que se aleja de la ruta mundanal.

Juan Pablo II, por su parte, ofrece una respuesta distinta. Sigue el Papa a la Biblia, que dice, hablando de la palabra de Dios: «No está en el cielo, para que hayas de decir: ¿quién subirá al cielo para contárnosla y hablarnos de ella, para que podamos cumplirla? Ni está al otro lado del mar, para que digas: ¿quién cruzará el mar para traérnosla y hablarnos de ella, para que podamos cumplirla?» (Dt 30, 12-13).¹ He aquí la gran sorpresa, la buena noticia del Evangelio: la ventana al misterio se abre en la misma sala de estar, en la misma oficina de trabajo. ¿Cómo puede ser esto?

Ya se ha señalado antes uno de los lugares en que se manifiesta el asombro: el encuentro con la naturaleza. Pero la sorpresa que nace a la vista de las montañas o del océano inmenso no es la primera ni la principal. Hay otra más básica que revela con mayor claridad el misterio.

Volvamos por un momento a un pasaje de *El taller del orfebre* que hemos citado hace poco. La joven Teresa recuerda la belleza de una cierta noche de montaña. Compara el orden de aquel cosmos silencioso a su relación con Andrés. El joven está con ella, pero su amistad atraviesa ahora un momento difícil, en que les resulta complicado comunicarse. Teresa recuerda sus pensamientos de aquella velada:

Y sentí cuán difícil es vivir.
Aquella noche fue terrible para mí,
aunque tuvimos una espléndida noche carpática,
llena de belleza y de misterio
y tan en armonía con la totalidad del mundo,
sólo el hombre se hallaba descentrado y perdido.

En ese momento Teresa era incapaz de admirarse ante la naturaleza que la rodeaba. La gloriosa noche de montaña evocaba en ella solo miedo y ansiedad. Era la confusión propia de quien no acaba de hallar su camino. Todo estaba en orden: los planetas, el bosque, los animales y plantas... ¿por qué solo ella no encontraba paz? Ocurre que la gran diferencia del hombre con el resto de la creación, su capacidad de plantearse la pregunta por el sentido, está unida a la experiencia de la comunicación personal y del amor. Cuando esto última falta, como le ocurría a Teresa aquella noche, es imposible que se ilumine la gran cuestión. Más tarde, Andrés pedirá la mano a Teresa, y ella vivirá el contraste entre ese momento de felicidad y la incertidumbre angustiosa de aquella noche de montaña. Ahora por fin ha encontrado el equilibrio que le faltaba. Lo ha hecho en su diálogo con Andrés, en el entendimiento con quien se convertirá en su marido. Pues aquí ha recibido la señal del amor, más poderosa que todo el simbolismo de la naturaleza. Es en la experiencia del amor donde nace el asombro, donde se abre un nuevo camino que conducirá, andando el tiempo, a la plenitud.

Se puede decir por tanto que, para Juan Pablo II, el encuentro con el misterio tiene lugar en la experiencia del amor. Si hubiera que retratar el asombro ante el misterio de la existencia, podríamos elegir el rostro de un niño cuando descubre los regalos que sus padres le han preparado el día de Reyes; o, mejor, el de una madre que sostiene a su recién nacido por primera vez entre las manos. En realidad, el asombro aparece en nuestra vida solo porque existe el amor. Incluso la maravilla que nace frente a la naturaleza cobra pleno sentido solo porque en el origen de la vida hay una experiencia de amor.

El misterio, entonces, no está lejos de nosotros, sino que lo encontramos en el existir cotidiano; se hace presente, de una forma u otra, en la vida de cada persona. Y es que brota de la experiencia del amor, que nos acompaña, en modos distintos, del nacimiento a la muerte. Por eso, solo quien experimenta el amor puede encontrar la respuesta a la pregunta por el propio ser; solo así se puede alcanzar la felicidad. «El hombre» –escribía Juan Pablo II en su primera encíclica– «permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor». Estas palabras son el eco de otras dirigidas a Ana, un personaje de *El taller del orfebre*. Se trata de una mujer de mediana edad, que atraviesa problemas en su matrimonio:

Como tú, por ejemplo. No puedes vivir sin amor. He observado desde lejos cómo andabas por esta calle y procurabas despertar el interés de los hombres. Casi me parecía oír tu alma. Llamabas desesperadamente al amor, que no tienes. Buscabas a alguien que te cogiera de la mano y te atrajera hacia sí...

¿No es esto algo que todos intuimos, aun veladamente: que el amor es la verdadera sustancia de que se nutren nuestras vidas? El amor se muestra al hombre como una riqueza que le desborda, al tiempo que le revela lo más íntimo de sí. «El amor» – dice Karol Wojtyła – «posee el sabor de toda la persona. Tiene su peso específico. Y el peso de todo su destino. No puede durar sólo un instante». Y el amor toca, en efecto, todas las dimensiones de la vida. Se le descubre en el cuerpo, moviendo los instintos y sentimientos. Y, a la vez, posee una dimensión espiritual, que hace percibir la dignidad única de la persona amada y conduce al hombre más allá de sí mismo, hacia la trascendencia, hacia Dios. De este modo el amor resulta ser el hilo conductor que puede unir todos los compartimentos estancos en que la cultura moderna ha dividido la vida humana.

La experiencia del amor es, por tanto, el punto de arranque de la visión del hombre defendida por Juan Pablo II. Aquí tenemos la clave que permite responder desde dentro a la pregunta que cada uno es para sí mismo. Desde aquí pudo el Papa dialogar con el hombre moderno en su propio terreno de juego: el de la experiencia humana, el de la búsqueda de su propia identidad. Pero a la vez, y este es el toque maestro de Juan Pablo II, partir de la experiencia del amor evita el aislamiento y subjetivismo hacia el que se desliza el pensamiento contemporáneo. Pues si la experiencia humana fundamental es la del amor, entonces esta experiencia me saca continuamente de mí mismo. El amor, en que encuentro mi identidad, me abre al encuentro con el otro, y me lleva hacia Dios, hacia su trascendencia. En suma, Juan Pablo II está dispuesto a recorrer el camino del hombre moderno, el camino de la experiencia humana, a condición de que se le permita empezar por su verdadero núcleo: el asombro ante la revelación del amor.

Para unir la fe y la vida

Juan Pablo II llama la atención sobre el peligro de separar fe y vida. Ocurre que, sin apenas notarlo, se tiende a ver la fe como simple añadido a la existencia cotidiana, un adorno del que se podría prescindir. Y así la experiencia religiosa se vuelve un cuerpo extraño que no encaja bien con el puzle que el hombre se afana por recomponer en cada jornada de trabajo o familia. La vida real se desenvuelve en la tierra, mientras la fe queda absorta contemplando el cielo. Al observar esta separación, algunos críticos (entre los que destaca el filósofo alemán Nietzsche) han acusado a la revelación cristiana de destruir la felicidad, echando a perder la alegría de la vida, distraendo la atención hacia un paraíso de ultratumba.

Tal objeción pierde fuelle si la pregunta del hombre se plantea a la luz del amor. En primer lugar, si el amor es el punto de arranque de su búsqueda, el hombre necesita una revelación para recorrer su camino. Pues nadie puede producir el amor por sí mismo, sin el encuentro gratuito con la persona amada y su respuesta libre. La vida nuestra de cada día, de la salida del sol hasta su ocaso, está abierta a esa revelación del amor, tiende hacia ella, la aguarda expectante. Más aún, la revelación del amor ocurre precisamente en medio de las horas corrientes, allí donde cada persona encuentra su mundo y a los otros hombres. Para encontrar la luz del amor no hay que escapar del reino terrenal en que se desenvuelve la vida.

Ahora bien, si el destino vital se juega ante el amor, entonces la venida de una revelación no destruye al hombre, sino que lo abre a la felicidad. Y el cristianismo es precisamente una revelación, que coge al hombre por sorpresa y lo lleva allende sus fronteras. Más aún, la revelación cristiana, como ocurre con la experiencia del amor, sucede precisamente en nuestro aquí y ahora mundanos, pues «la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros» (Jn 1,14).

Lo que hemos dicho puede resumirse si comparamos dos textos muy importantes para Juan Pablo II. En el primero, el Papa se refiere a la experiencia humana, al vivir nuestro de cada día. Es de su primera encíclica: «El hombre no puede vivir sin amor. Permanece para sí mismo un ser incomprendible, su vida está privada de sentido, si no se le revela el amor, si no encuentra el amor». El segundo pasaje se halla en los documentos del Concilio Vaticano II, y Juan Pablo II lo citó con frecuencia. Ahora se habla de la revelación de Cristo: «En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. [...] Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación». El hombre encuentra su sentido en el amor, dice la primera frase. El hombre encuentra su sentido en Cristo, afirma la segunda. No se contradicen: es que Cristo viene a explicar al hombre quién es él, precisamente revelándole la plenitud del amor.

Y en efecto, el cristianismo se entiende a sí mismo como la cumbre de la revelación del amor. En palabras del Apóstol Juan: «hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él» (1 Jn 4,16). Tal manifestación del amor tiene lugar en la vida, muerte y resurrección de Cristo. Por eso podía escribir el Papa Benedicto XVI en su primera encíclica: «Y a partir de allí [la contemplación del costado abierto de Cristo], se debe definir ahora qué es el amor». Así, el asombro de que se ha hablado hasta ahora llega a su culmen en el asombro ante el evangelio de Jesús:

En realidad, ese profundo estupor respecto al valor y a la dignidad del hombre se llama Evangelio, es decir, Buena Nueva. Se llama también cristianismo. Este estupor justifica la misión de la Iglesia en el mundo, incluso, y quizá aún más, «en el mundo contemporáneo». Este estupor y al mismo tiempo persuasión y certeza [...] está estrechamente vinculado con Cristo.

Benedicto XVI ha subrayado una consecuencia importante de lo dicho: para recibir el evangelio no hay que dejar de lado todo lo bello y precioso que tiene la vida. No hay que decir «no» a la experiencia humana y a la búsqueda humana de la felicidad. Todo lo contrario: el cristianismo es el camino del amor y, por tanto, el gran «sí» a todas las preguntas del hombre y a sus deseos más hondos. Juan Pablo II expuso en su primera encíclica, *Redemptor Hominis* (*El Redentor del hombre*), que el hombre es el camino de la Iglesia. Nos preguntamos: ¿en qué consiste ese camino? Ahora lo sabemos: el camino del hombre es el camino del amor. Este camino del amor es precisamente el que Benedicto XVI ha propuesto a la Iglesia en *Deus Caritas Est* (*Dios es amor*). Benedicto continúa así la senda abierta por su predecesor.

¿Cuál es el camino de la Iglesia?

En este libro queremos mostrar cómo unir la experiencia humana del amor y la revelación cristiana. Es decir, veremos que el amor es el camino del hombre y que la misión de la Iglesia consiste, precisamente, en manifestar al mundo la verdad del amor.

La tarea que acabamos de enunciar, simple en apariencia, no es en realidad tan sencilla. He aquí nuestro primer escollo: damos a la palabra «amor» sentidos muy diferentes, incluso contradictorios. La usamos para alabar el más noble de los sacrificios, cuando un hombre se mantiene fiel a los suyos, entregándoles su vida. Pero con ella nos referimos también al acto del marido que abandona a su esposa e hijos por otra mujer: «lo hizo por amor». En la obra de Georges Bernanos *Diario de un cura rural*, se nos pone en guardia ante esta peligrosa ambigüedad. Estas son las palabras que el protagonista, un sacerdote, dirige a una feligresa cuando esta, para justificarse, nombra el amor: «No pronuncie usted la palabra “amor”. Ha perdido el derecho y, sin duda, también el poder de hacerlo».

A este problema –la ambigüedad de la palabra– se añade la escasez de una reflexión seria sobre el amor. Muchos continúan pensando que el amor es simplemente un asunto privado, irrelevante para explicar quiénes somos y para ayudarnos a construir el tejido social. ¿Puede el amor ser de verdad la solución a la pregunta de mi existencia? ¿Podemos decir que el amor es la explicación última de toda la historia humana y el fundamento de la realidad? ¿O es tal proyecto solo una intentona ingenua de explicarlo todo a partir de una emoción romántica?

Estas dificultades para entender el amor explican por qué se malinterpreta tantas veces la fe cristiana. Y es que, precisamente porque la fe consiste en la revelación del amor, *la suerte del amor esta ligada a la suerte del cristianismo*. Esto quiere decir, en primer lugar que, cuando el significado y la importancia del amor se oscurecen en la vida o en la cultura, entonces es muy difícil mostrar la presencia del Dios cristiano en medio de la existencia. Dios se convierte en un intruso, ajeno a los asuntos en que se afanan los hombres, incapaz de entrar en su vida. En segundo lugar, se deduce también que, sin la luz del amor de Dios revelado por Cristo, no se puede comprender la gran riqueza y plenitud de la propia existencia. Quedamos sin brújula para orientarnos en los mapas del amor, de complicados vericuetos.

Del mismo modo, quien recupere la conexión entre el amor y el cristianismo tendrá un método para abordar las preguntas que se han suscitado hasta ahora. Es el método que usó Juan Pablo II. Se trata de poner continuamente en relación la experiencia humana del mundo y la revelación que trae Jesús. Por un lado, se va de la figura de Cristo hasta la vida del hombre: contemplando a Jesús comprendemos quiénes somos, entendemos el sentido más hondo de lo que nos pasa. Por otro lado, se parte de la experiencia vital para llegar hasta Jesús: las preguntas e inquietudes del hombre, lo que le ocurre cada día, le ayudan a captar mejor cómo Cristo es su Salvador.

Con tal método se quiere dibujar en estas páginas la carta de navegación que permita al amor hallar su ruta. Se comenzará con la primera aparición del amor en la vida. Y se perseguirán sus vueltas y revueltas, hasta la plenitud que promete y que cada hombre anhela. En la primera parte del libro (*El amor, revelado en el cuerpo*) examinaremos cómo el amor se revela, abre al hombre un camino y le invita a seguirlo. La segunda parte (*La redención del corazón*) tratará de las dificultades que salen al paso en el camino del amor para encontrar, en el amor revelado por Cristo, la fuerza que las supera. En la tercera parte (*La belleza del amor: el esplendor del cuerpo*) se verá que el amor de Jesús permite amar como Él ama y, así, llevar a su meta el camino del hombre. Esta vía, sea en el matrimonio o en la virginidad consagrada, conduce hacia la plenitud final, la vida eterna en carne resucitada. Y a la luz de esta esperanza se nos permite construir la ciudad terrena, según la civilización del amor.